

hace casi cien años... fray nicolás aldazor o.f.

• MARCOS ESTRADA

FRAY NICOLÁS ALDAZOR, de la orden franciscana, nació en la ciudad de La Rioja en 1785; sus padres fueron don Miguel Aldazor y doña María Eugenia Arias. Cursó estudios en el convento de San Francisco de Buenos Aires y decidió seguir la carrera eclesiástica en esa comunidad. Entró en el noviciado e ingresó en 1802 recibiendo de sacerdote en 1806 al cumplir veintiún años de edad. Testigo y actor de las Invasiones Inglesas, "colaboró en abnegadas tareas de socorro a los caídos" en la memorable jornada de la defensa. Ejerció durante un largo período y "con genio singular" las cátedras de Filosofía y Teología. Por su dignidad y talento fue Superior de la orden seráfica en tres oportunidades en una época infausta: "a su virtud y paciente firmeza atribuyen los padres la salvación del Convento en tiempo de la reforma (1822)". Supo combatir con valor y energía la reforma eclesiástica de Rivadavia.

Fray Nicolas Aldazor fue además un notable orador sagrado; durante las solemnes exequias póstumas a su compañero Fray Francisco de Paula, (el Padre Castañeda), que se realizaron en Buenos Aires el 22 de diciembre de 1832, pronunció una sentida y erudita oración fúnebre que tituló: "Elogio fúnebre del M. R. P. Fr. Francisco Castañeda, lector jubilado del Orden de San Francisco". Este sermón fue publicado al año siguiente por la "Imprenta Republicana".

En marzo de 1841 ejercía en el Convento franciscano de Buenos Aires la bene-

mérita dignidad de Padre Guardián. Fue en aquella época que el gobierno de Rosas le encomendó una gestión ante el gobernador de La Rioja General don Tomás Brizuela conocido y comprovinciano suyo.

En el interim en el campo de la guerra, Lavalle procuraba atraer a La Rioja a Oribe y a Pacheco para dar tiempo a Lavalle a reorganizar sus fuerzas. Dejando a Aldao la vía libre, ordenó a la división Vilela que se ubicara en la quebrada de Guaco, envió a los coroneles Peñaloza y Baltar a los Llanos, y él, con una fuerza de cuatrocientos hombres, continuaba rumbo a los Llanos, ordenando al coronel Acha que se le incorporase desde Tucumán. Comenta el historiador Saldías: "Esta precipitada retirada de la ciudad de La Rioja se explica tanto menos cuanto que Lavalle y Brizuela pudieron impunemente permanecer allí si quiera el tiempo necesario para escuchar las proposiciones de arreglo de que era portador en nombre de Rosas fray Nicolás Aldazor, prior de los franciscanos de Buenos Aires. Indudablemente Lavalle influyó sobre Brizuela para que Aldazor no pudiese llenar su cometido pacífico; porque después de haber el gobernador de La Rioja nombrado los diputados que debían pactar con Aldazor, intimóle a éste por escrito que se dirigiese a la ciudad, y una vez allí fue conducido bajo custodia al convento de Santo Domingo, donde permaneció hasta que lo obligaron a seguir la retirada de Brizuela y Lavalle".

En el cumplimiento de su misión conciliadora Fray Nicolás Aldazor "cayó en

poder de Lavallo, quien dispuso su inmediato fusilamiento (1). Ya de rodillas en el banquillo le salvó don *Fermín Soaje* (2), comerciante de Córdoba, quien hizo ver a Lavallo la mala impresión que produciría en aquellas gentes el fusilamiento de un religioso, por lo que quizá no coadyuvarían a su empresa, comprometiendo así el éxito de la causa...". Fray Nicolás "manifestó suma entereza y según se decía había marchado al patíbulo, resuelto y tranquilo con un crucifijo en la mano". Damos a conocer el informe de este suceso redactado por el religioso franciscano desde *Nonogasta* en una carta enviada al General *Oribe*.

Excmo. Sr. General en Jefe del Ejército, Brigadier D. Manuel Oribe. Nonogasta, y Julio 19 de 1841. Mi apreciadísimo General y venerado Señor mío. Casi desde que por un especial beneficio de la Providencia, heroicos triunfos de los Ejércitos de la Confederación, y empeños de mi familia, me vi libre de las infernales garras de los salvajes unitarios, enemigos implacables de Dios y de los hombres, he permanecido más o menos enfermo, sin poder por eso, y otros inconvenientes propios de estos remotos lugares cumplir con el grato deber de saludar a V. E., y avisarle de mis pasadas aventuras y presente situación.

Por fortuna estoy actualmente con el Sr. Gobernador *Figueroa* en circunstancias de haber llegado un chasque de V. E. que pronto regresa, y no quiero omitir tan bella oportunidad de llenar mis deseos, y deber, aunque sea escribiéndole rápidamente. Yo supongo a V. E. instruido a lo menos medianamente de los pa-

decimientos, que he sufrido, y de que por disposición del Cielo han sido viles instrumentos los Brizuelistas y Lavallistas. No es mi ánimo ahora detallarlos, ni es posible hacerlo por medio de una ligera carta. Si logro la buena suerte de hablar con V. E. podré entonces contarle por menor, y minuciosamente la buena acogida, que hallé entre estos caribes, que con sus zalameras y dulces comunicaciones me habían tendido la red para despedazarme, y saborearse con mis tristes despojos, ya que se hallaban enteramente impotentes para extender más allá sus mortíferos designios.

Desde que llegué a su primera guardia distante doce leguas de La Rioja, ya advertí una malévola prevención, que me indicaba malos resultados. Sin embargo, el deseo ardiente y eficaz de hacer algún bien a mi país, a mis paisanos, a mis amigos, a mis semejantes, a la sagrada causa común, y a la humanidad, me hacía sobreponer a los riesgos, que recelaba. Así es que sin perder momento desde que me separé del campamento del Sr. Maza (desde donde escribí últimamente a V. E.), caminé de día y de noche hasta dar con los comisionados del gobierno de La Rioja, que encontré en distancia de seis leguas del pueblo. Allí después de una muy ligera conferencia, en que les manifesté el objeto de mi misión, y las miras pacíficas de Nuestro Ilustre Restaurador, su benevolencia hacia el Pueblo Riojano, y la buena disposición de V. E. para terminar amigablemente estos negocios, que era lo que últimamente me había impelido a acercarme, con algunas ligeras observaciones, se me mandó regresar hasta los Llanos, y en seguida cuando ya había ensillado, y me disponía a hacerlo, se me intimó orden por escrito de Brizuela para seguir a La Rioja en compañía de sus diputados, y con la escolta o guardia, que al efecto se había destinado. Así se verificó, y yo marché entre los soldados, y agua del Cielo, que no cesó hasta que llegamos en la noche, y se me destinó, condujo y colocó en una inmundicia habitación del ex Convento de Santo Do-

(1) *Lavallo* no tuvo en cuenta para nada ni el hábito ni la jerarquía de su prisionero; se dispuso a perpetrar un crimen tan irreflexivo y abominable como el de *Dorrego*.

(2) El caballero don *José Fermín Soaje* (perteneciente a un distinguido linaje riojano) casó con doña *Manuela Antonia Dávila* (miembro de otra antigua familia de esa provincia "que desde los primeros días de la revolución pusieron sin restricciones su fortuna y nombre en beneficio de su patria") y fueron padres de don *Belindo Soaje* que llegó a ser gobernador de *San Juan* en 1879.

mingo, que servía actualmente de cuartel de un Regimiento de Correntinos, en cuyo poder y bajo cuya custodia se me dejó allí sin decirme una palabra, ni intimarme prisión o arresto, ni indicarme el motivo de este desusado tratamiento. Allí permanecí desde el 1º de marzo por la noche hasta la tarde del 3 absolutamente incomunicado con dos centinelas de vista sin ver alma viviente fuera de los soldados, que en número de 25, componían el piquete que alternativamente me custodiaba sin que nadie en aquellos tres días cuidase ni aun de ofrecerme un escaso alimento. El 3 por la tarde al ponerse el sol me sacaron de allí entre alguaciles, verdugos y sayones armados de fusiles, lanzas, espadas y arrastraronme por aquellas calles como al mayor facineroso en dirección hacia la quebrada por donde marchaba al mismo tiempo el resto de la fuerza, que había quedado en la ciudad casi a pie encaminándose al Guaco mentado donde llegamos con mil trabajos el 5 a boca de noche. Allí me hicieron alojar en la capilla, e inmediatamente se me presentó el Comandante Ocampo como comisionado por el Gobierno para registrar mi equipaje, como lo hizo sacando cuanto quiso, y llevando el dinero que encontró. No contentos con este primer saqueo, se repitió por medio de otro comisionado más atrevido y desapiadado la misma diligencia el día 9 por la mañana con la mayor escrupulosidad, y arrearon de mallilla con todo lo que había en las petacas hasta no dejarme una hoja de papel para pitar; y después de todo esto me hicieron formar en cruz, y me registraron hasta la última costura de mi hábito. Al anoecer de ese mismo día salió de allí la multitud de embrutecidos unitarios, y yo del mismo modo con ellos: caminamos ácia el Norte por aquellos lugares vagando como aturdidos de un lugar a otro, hasta que el día 15 del mismo marzo en el lugar o pueblo de Anjullon como a las 11 del día poco más o menos se me hizo comparecer arrebatadamente con mi compañero, y otros presos a la presencia del gran Sultán,

que se hallaba colocado *pro tribunali* bajo un nogal dentro de una viña: me llamó por mi nombre, y me hizo entre-sacar, y retirar a un lado, donde en seguida fueron también colocados los otros tres reos destinados al sacrificio, y juntos fuimos conducidos por entre la multitud al lugar del suplicio, que era el camino que ocupaban las tropas e in-ménso gentío, que debía ser espectador de esta hazaña tan propia de este atleta de nuevo cuño: allí se nos intimó que *por orden* (como es su costumbre) *del General Lavalle debíamos morir dentro de un cuarto de hora, que se nos concedía para confesarnos.* Cuando ya íbamos a ser ejecutados, y esperábamos hincados de rodillas descargasen el golpe, se me separó y colocó a espaldas de los tres reos, que en el momento fueron fusilados, siendo yo espectador inmediato de esta brutal carnicería, que según he llegado a entender la ejecutó el guapo Lavalle en los momentos de llegar allí corrido por Sr. General Aldao, que sin la más pequeña resistencia había tomado posesión de La Rioja. Mi libertad la debo a D. José Fermín Soaje, perteneciente al comercio de Córdoba, donde reside su familia. Este buen paisano pudo penetrar por entre la multitud hasta el pretorio del nuevo Pilatos, y se esforzó en persuadirle, que el éxito de su causa sería indudablemente funesto si se me ejecutaba, y quitaba de aquel modo la vida, pues estos pueblos, y sus gentes eran religiosos, y se horrorizarían de un hecho semejante, y de consiguiente podrían atentar contra él y su gente, o a lo menos se disgustarían, y no coadyubarían a su empresa.

Estaba temiendo escribir esta historia, porque por más que quiera no es posible dejar de ser difuso. Dejaré pues lo que resta para después, porque el chasque sólo está detenido por llevar esta comunicación.

He de estimar a V. E. que si hay en su poder alguna carta de Buenos Aires para mí, o alguna orden de S. E. Nuestro Ilustre Restaurador, se sirva mandármela, o hacérmela saber, pues solo eso

aguardo para retirarme. Que el Sr. conserve a V. E. guapo, y con una salud robusta dándole toda la fuerza, acierto, y valor suficiente para anonadar y concluir de una vez con estos obstinados unitarios enemigos del género humano, es lo que desea y le pide sin cesar en sus humildes oraciones este su aficionadísimo seguro servidor y decidido capellán. Q.B.L.M. de V.E. Fray Nicolás Aldazor."

Designado Obispo de Cuyo en 1859, se hizo cargo de su diócesis ese mismo año luego de su consagración en Bue-

nos Aires. A pesar de su ilustre rango este sacerdote no declinó a su apostolado de misionero y su obra se desenvolvió por todas las provincias de Cuyo. Fundó una misión en la Villa de San Francisco del Monte, al pie de la sierra de Michilingues, en San Luis, en donde pasó siete años de empeñosa y meritoria labor en auxilio espiritual y material de esa localidad.

Falleció el 22 de agosto de 1866 en la ciudad de San Luis a los ochenta y un años de edad. ♦

los diez mayores lagos de la patagonia y tierra del fuego

● JORGE J. HEINSHEIMER

MUCHOS creen que la porción austral del Continente Suramericano y Tierra del Fuego, pertenecientes a las Repúblicas Argentina y Chilena, poseen algunos de los mayores lagos existentes en el globo; pero no es así. Los tienen extensos y muchos de ellos bellísimos, pero hasta el mayor de ellos, el Lago Buenos Aires, de 2.190 km², es pequeño en comparación del Nicaragua, en la República homónima, cuya superficie es de 7.125 km², y del Titicaca, perteneciente a Bolivia y Perú, que tiene 8.300 km² de superficie. Además

recordemos que hay en la Tierra veintiún lagos mayores que este último.

No se puede decir ni siquiera, que nuestros lagos figuran entre los gigantes como los que poseen Rusia, Canadá, Estados Unidos de Norteamérica, Australia, Africa Oriental, Bolivia y Perú. Pero su gran número decora el país y son muy hermosos.

En el cuadro adjunto hemos reunido los diez mayores que existen en la región austral de nuestro continente. Son ellos en cuanto a su ubicación (Latitud y Longitud) y en cuanto a su altura, los siguientes: